

LA SOLUCION PARA LOS TUGURIOS: ¿LA "PILDORA"?

Hace unas pocas semanas, un grupo de elegantes señoras, en su mayoría esposas de diplomáticos o bien de personajes políticos o financieros del país, contemplaban atónitas un cuadro que a casi todas se les antojaba tan idílico como encantador. El hecho, que a decir verdad fue completamente fortuito, tuvo lugar durante una de las excursiones que periódicamente organiza una conocida institución educativa, con el objeto de que personalidades nacionales o extranjeras tomen contacto directo con los problemas del agro colombiano. Por lo demás, algunas de las improvisadas espectadoras opinaron que el famoso paisaje de ensueño era simplemente un espectáculo banal y corriente, mientras que para otras se aparecía como traído desde la prehistoria por una inverosímil máquina del tiempo. Para decirlo de una vez, todo se había originado en una escena que mostraba a un rústico arrastrando un arado "de chuzo", los pies descalzos en el suelo gredoso, en tanto que otro a su lado se ocupaba minuciosamente de destripar los terrenos de lodo con sus manos.

Poco después, al calor de un té bien servido, habría de comentarse el hecho, mientras, acaso por asociación de ideas, surgía otro tema de conversación recogido de primera mano en sendas experiencias de labores benéficas. En efecto, las señoras se quitaban la palabra para referirse a la obstinación de los campesinos que abandonan sus parcelas en donde aparentemente "nada les falta", y prefieren morirse de hambre al margen de las ciudades, en covachas construidas como para hacer juego con el increíble arado de chuzo.

Lo curioso del cuento es que, mientras tales sucesos se vivían en los alrededores de una población boyacense, un poco más allá, los maridos de las damas en mención, no menos bien vestidos y conduciendo flamantes automóviles deportivos, se concentraban en el hotel Suescún de Sogamoso, aceptando una gentil invitación de Porcelana Corona, y bajo los auspicios de la Asociación de Facultades de Medicina, para analizar técnica y exhaustivamente los mismos problemas que sus caras mitades habían vislumbrado en su paseo, los cuales serían el tema central en el *Primer Seminario Nacional sobre Urbanización y Marginalidad*. De

este modo, las señoras de nuestra historia, aún sin sospecharlo, como el personaje de Moliére, habían estado afrontadas nada menos que a los más pungentes y discutidos problemas socio-políticos que afectan la actual marcha de la nación.

LOS DOLORES DE LA MIGRACION

Hasta los niños saben, a estas alturas, cómo el protagonista y objeto de tan atenta observación no es nadie menos que el "José Dolores" colombiano, símbolo de las clases piadosamente llamadas "menos favorecidas". Es decir, del proletario y el campesino, cuya súbita importancia debe conectarse, por lo visto, con su participación mayoritaria en la población del país.

Es flagrante, por otra parte, la brusca alteración del panorama social latinoamericano. Las generaciones anteriores aún podían contemplar el paisaje rural como un tranquilo remanso dentro del cual el labriego se confundía con la sumisión de los animales domésticos, o arraigaba su precaria existencia con la misma tenacidad resignada que sus enjutos cultivos. De improviso, la paz eglógica comenzó a turbarse, y el rebaño se animó en muchedumbre que vino a husmear con curiosidad el mundanal ruido de las ciudades. Atacado al parecer por un morbo incurable, el labrador persistió en desplazarse de su parcela con su mujer y sus pobres pertenencias, arrastrando un enjambre de chiquillos, para morirse de hambre al borde de las urbes bajo latas y cajas de cartón, desoyendo las románticas exhortaciones a huir de la "corrupción" burguesa y retornar a la pacífica vida campesina.

Al mismo tiempo, la conmoción se instalaba también en las ciudades que, de centros del progreso y de civilización, adquirían la figura amenazante de un Leviatán monstruoso y desenfrenado. Las *favelas de Río*, las *callampas* de Santiago, las *villas-miseria* de Lima, los *mocambos* de La Paz o los *tugurios* de Colombia, son distintas voces para designar idénticos cinturones de miseria que oprimen la normal respiración de las ciudades y les recuerdan las malformaciones de su crecimiento.

Ante la nueva situación, el viejo paternalismo de los señores naturales del país fue incapaz de detener la pertinacia de sus mesnadas, convertida en un terco flujo ya virtualmente irreversible. Descartando la nostalgia de la tradición, una nueva dinámica pareció sacudir los nervios de los actores del poder. Una renovada clase conductora afiló sus lápices y esgrimió los textos y las calculadoras tratando de explicar los fenómenos prosaicamente empeñados en romper con el encanto de épocas pasadas.

De este modo al compás del cambio de mentalidad de los dirigentes, los dirigidos más lucidos han comenzado a enterarse de cómo el estupor del campesino encandilado por las luces de la ciudad, se debe al "efecto-demostración". De cómo el hacinamiento masivo en condiciones infrahumanas se llama "*marginalidad*" y se cura con una misteriosa droga denominada "*integración*". De cómo la migración del campo a la ciudad es un fenómeno moderno, inherente al progreso (aunque en países como Colombia esté revestido de peculiaridades, a veces dolorosas, que no conducen a esta meta) y que debe ser "orientado, dirigido y calculado" desde lo alto para que no produzca traumatismos. De cómo, ante todo, la inveterada afición del pueblo a tener hijos es la principal culpable del atraso y la pobreza. De cómo el convencimiento de que "cada niño trae su pan bajo el brazo" no es más que un mito, y constituye una vana respuesta contra la muerte y la desnutrición. Los expertos pueden enseñarles también a los marginados de las urbes cómo la gravedad de su miseria y su desocupación está en que puede "agotar la

energía adaptativa de los individuos y los grupos". O bien, que todo conato de protesta procede de una instintiva "agresividad" ligada a factores biológicos o de raza, o es "una resultante cultural, altamente relacionada con el extraordinario incremento de la población, o con el incontrolado proceso de urbanización".

NUEVA CLASE DIRIGENTE Y PREHISTORIA CON TRANSISTOR

Sin duda alguna, en el hotel Suescún se encerró durante un largo fin de semana la flor y nata de la clase profesional colombiana vinculada a cerca de 30 instituciones oficiales y privadas, políticas, administrativas o docentes. Médicos, arquitectos, urbanistas, sociólogos, economistas, profesores universitarios, parlamentarios y periodistas se entretenieron en arrojarse alternativamente, de gremio a gremio o de persona a persona, la pelota de la responsabilidad en las deformidades del proceso nacional.

Ciertamente, en el juicio de responsabilidades que se entabló, fueron incriminados uno a uno los diversos grupos profesionales como culpables del pecado de estarle volviendo "la espalda al país". Los arquitectos, los médicos, los urbanistas, entre otros, tendrán pues que descender de la torre de marfil y olvidando las seducciones de cualquier esteticismo, de cualquier vanidad personal o egoísta, deberán pactar un compromiso social con la comunidad.

De todas maneras, en ningún momento, ninguno de los asistentes perdió de vista la conciencia de pertenecer a la nueva clase de líderes nacionales, ni tampoco de la significación que sus actividades podrán desempeñar en el país. Se habló, desde luego, de la forma de orientar los planeamientos con objeto de promover un cambio social adecuado al arrollador avance que en 10 o 15 años más, habrá convertido previsiblemente a la Colombia agropecuaria en una Colombia urbana. Se habló de la necesidad de integrar las actuales islas culturales y geográficas rurales que constituyen hoy una especie de "etapa prehistórica con transistor", frente al intimidante proceso de urbanización. Se habló, más que del inevitable *ingreso por cabeza*, de la desigualdad en la distribución, del abismo entre pobres y ricos, y de la urgencia de conjugar los esfuerzos de todas las instituciones para disminuirlo. Se presentó un proyecto de Acuerdo "por el cual se crea un Fondo Rotatorio para la habilitación de barrios de desarrollo incompleto", un eufemismo que designa, como es obvio, la horrenda "marginalidad" de los tugurios. En la hostilidad sin tregua que se decretó contra la proliferación de tan temido fantasma, se discutieron a fondo valiosas experiencias de erradicación, como las aportadas por el ICT o la labor de la Quinta Brigada en Bucaramanga.

En realidad, una de las consignas podría ofrecer la clave que guió las discusiones. Esta, estampada en letras de molde, reza así: "*Se puede muy bien concluir que el criterio físico dominante para definir al subdesarrollo, ciertamente es el de una elevada fecundidad*". Así, pues, en el banquillo de los acusados se sentó, siguiendo una costumbre que en los últimos tiempos recorre el continente, el abominable monstruo de los Andes, la temida Explosión Demográfica.

Siguiendo esta línea, todos los argumentos parecen de pronto impregnados de una suerte de *terrorismo del crecimiento*, en todos los planos. Así como el pobre José Dolores tiene que sentirse agobiado bajo la oscura culpa de su reproducción asumida como el destino de la especie, un acuerdo tácito decide que el enemigo está en el desarrollo, la expansión o el progreso. Se supone, entonces, que la actividad de los iluminados deberá enfocarse hacia la canalización de los avances, para evitar el caos o la anarquía. Las estructuras administrativas, por ejemplo, habrán

de virar convenientemente a fin de prever los desastres del aumento a la escala de la aldea, de la ciudad o de la nación, o controlar los ruinosos efectos del gigantismo de la *urbanización*. De súbito, un esquema aparece como el portador de los máximos infortunios: las sociedades preindustriales como la nuestra, se dice, muestran una *natalidad elevada* frente a una *baja mortalidad*. ¿Tendremos que concluir en consecuencia, que el adelanto de la medicina y su aplicación en estos pobres territorios, es un factor negativo para el óptimo logro de las *necesidades sentidas* por sus líderes? He aquí una nueva inquietud.

En todo caso, queda la impresión de que los grandes ausentes del Primer Seminario Nacional sobre Urbanización y Marginalidad no fueron los funcionarios de las oficinas de Planeación, como al parecer pensaron los organizadores. El Gran Ausente de la reunión fue, a nuestro juicio, el Desarrollo Económico. El antídoto para el progreso en todos los niveles reside, entonces, en la rápida invención de anticonceptivos capaces de controlar la migración, la marginalidad y la urbanización, entre otras calamidades. Lo único que nos queda por desechar es que el descubrimiento no equivalga a una nueva talidomida.
